

43

El rol del Economista en la Coyuntura Actual (*)

(Diario "Hoy"; Lima, martes 08 de mayo de 1984)

Hoy en día, la opinión pública continúa confundida con relación a cuál es el papel que nos toca desempeñar en el país. Nos continúan confundiendo con contadores o administradores, profesiones por las que guardo respeto, pero que definitivamente tienen otro campo de acción.

En parte, esto se debe a que originalmente los estudiantes de economía egresaban de Facultades de Ciencias Económicas y Comerciales. Hoy en día esa denominación es obsoleta; tenemos nuestra propia CIENCIA, la CIENCIA ECONÓMICA, con su propia metodología e instrumentos de política, y, obviamente, con sus propios problemas.

En parte, la confusión se explica también porque nosotros mismos no somos capaces muchas veces de explicar cuál es el alcance de nuestra profesión. Acaso todavía no hemos valorado adecuadamente lo importante que es dar una convincente y clara respuesta a la pregunta de ¿Qué es un economista? ¿Qué hace?

El hecho que nuestra profesión esté bien delimitada no nos debe llevar, sin embargo, a caer en la errónea idea de que nosotros somos los únicos que podemos resolver los problemas económicos del país.

El carácter integral de la crisis obliga a un trabajo pluridisciplinario y los economistas debemos estar dispuestos a este trabajo en equipo, pero –paralelamente– debemos también realizar una verdadera tarea de divulgación en todos los sectores representativos del país y en la opinión pública en general, acerca de lo que es un economista y el papel que puede desempeñar en el país.

Pero el problema no sólo se limita a una confusión en torno al rol del economista. En la práctica, profesionales de otras disciplinas ocupan cargos que deberían estar a cargo de economistas: abogados, ingenieros, administradores y contadores hasta profesionales con formación completamente ajena a la tarea económica, ejercen funciones para las que no han sido preparados y en las que no tienen competencia.

Esta situación se observa no sólo a nivel empresarial, sino en las distintas funciones de la actividad pública. Hoy mismo, el ministro de Economía, Finanzas y Comercio es de profesión ingeniero civil y, a la luz de declaraciones formuladas, sus conocimientos de economía dejan mucho que desear. Por lo demás, esta situación no es nueva; no hace mucho fue encargado del viceministerio de Economía un ingeniero químico que tuvo el poco tino o quizás la sinceridad de declarar públicamente a una revista local, que de macroeconomía no sabía nada.

Un oportuno y rotundo Comunicado del Colegio de Economistas de Lima protestó por este hecho y al viceministro se le asignó otras funciones. Los economistas enfrentamos actualmente otro tipo de problemas vinculados a una sensación de desconfianza, a una falta de credibilidad en los economistas.

Son varios los factores que explican esta situación. La implementación, en los últimos cuatro años, de una política económica que –en la práctica- ha fracasado y ha demostrado ser inadecuada para enfrentar los principales problemas económicos y sociales del país, es un factor decisivo para la existencia de la desconfianza de la que hablamos.

Ha contribuido también la tesis, hábilmente difundida por el gobierno, en el sentido de que no hay alternativas frente a la política económica que se ha venido implementando. Esta tesis, que evidentemente no es correcta, ha ganado muchos adeptos, principalmente entre aquellas personas que no tienen formación en economía. Pero, paralelamente, la mayor parte de la opinión pública es consciente que la política económica que se ha venido implementando no es la adecuada para afrontar la crisis.

Tremenda confusión la que se presenta entonces sobre todo si los economistas de la oposición muchas veces caen en el juego de la crítica fácil o en la simple formulación de grandes lineamientos de política sin medidas alternativas concretas.

Pero también se han formulado críticas coherentes, con adecuado sustento en la realidad nacional y hasta podríamos decir con gran sentido común, que el gobierno ha desoído y hasta ha menospreciado. Lo curioso es que, después de criticarlas emotivamente, en la actualidad se vienen sugiriendo por destacados miembros del partido de Gobierno, muchas de las medidas planteadas por la oposición.

La tesis de la “falta de alternativas” es, sin embargo, poco consistente. A este respecto, debemos decir que una cosa es discutir sobre modelos de política económica alternativa y otra muy diferente, el discutir sobre diferencias en el manejo instrumental.

El gobierno ha pretendido llevar la discusión a la manera como se maneja tal o cual instrumento, si debe subir o bajar las tasas de interés, si el tipo de cambio debe ser único o múltiple, etc.

La calidad de una determinada política económica se mide por su coherencia, oportunidad de aplicación y por los resultados que se van obteniendo. En este contexto es que se debe discutir el manejo instrumental.

Es claro, por ejemplo, que, si en el modelo global que se plantea para la economía del país, se piensa que el libre mercado es el mejor asignador de recursos, entonces, se buscará

reprivatizar las empresas públicas y cualquier planteamiento contrario se considerará incoherente e irresponsable.

La discusión entre políticas económicas alternativas debe darse entonces en dos niveles:

- El **primero**, para discutir ¿Qué tipo de economía y sociedad queremos para el país?; ¿Cuál es la imagen-objetivo del modelo a implementar?; ¿Cuáles son las prioridades de desarrollo por las que se optan?
- El **segundo**, para discutir en el marco del modelo que se sigue, ¿Cuál es el manejo instrumental más adecuado y ahí sí plantear alternativas concretas?

No procede de esta manera significa contribuir a la confusión y a la desconfianza. No olvidemos que, en economía, no hay planteamientos definitivos; nadie puede considerarse como el poseedor de la verdad absoluta, pues el que cree eso, simplemente no sabe lo que es economía.

(*) Artículo publicado en Página de Economía del Diario “Hoy”; Lima, martes 08 de mayo de 1984; Página 12. Este ensayo fue escrito cuando el autor se desempeñaba como director del Centro de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad de Lima (CIESUL).